



El asesino público

Es de cínicos manifestarse en la calle en defensa de los servicios públicos y, nada más guardar las pancartas sindicales, exigir **convenios colectivos** que agotan los recursos en los prestadores de los servicios en lugar de en las prestaciones mismas.

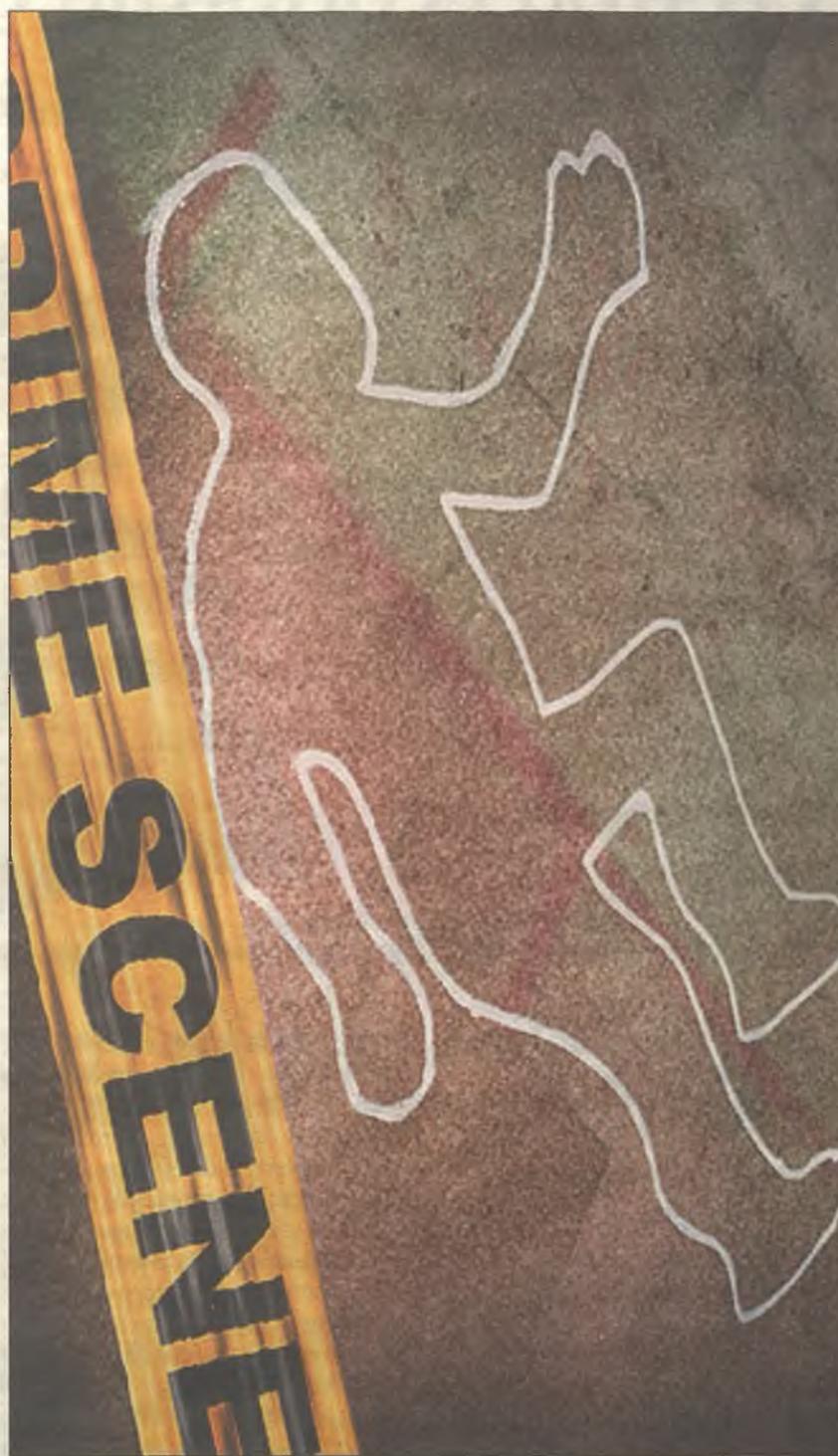
Es de cínicos reclamar más y más personal para la Administración y, a la vez, silenciar o proteger la certeza oficial de que las **bajas y el absentismo** en el ámbito público cuadruplican a las de la empresa privada: en 2011, 160.000 empleados de la Comunidad dejaron de prestar 25.7 millones de horas, con un coste mensual de 65 millones de euros. Y nadie ha conseguido descifrar qué tipo de virus letal se ceba, en exclusiva, con los funcionarios.

Es de cínicos denunciar desde la **política** todo lo anterior, obviando que cada uno de esos excesos, por legales que sean, necesitan de una firma del mismo presidente, rector, alcalde, concejal, consejero o ministro que ha firmado esos derechos con un dinero que no era suyo y **no estaba para eso**.

Es de cínicos reclamar más profesores y sanitarios, que nunca son suficientes, y rechazar que en otros ámbitos de la Administración, donde trabajan profesionales menos imprescindibles, se ahorre en el inmenso catálogo de **prebendas** inaccesibles para los ciudadanos que, paradójicamente, las sufragan: abonos transporte gratuitos, seguros médicos privados, asistencia dental y oftalmológica sin coste, jornadas continuas matutinas para necesidades con otro horario, libros de texto sin cargo, campamentos de verano a cargo de las arcas y un sinfín de privilegios que consumen hasta el 55% del presupuesto total de cualquier Ayuntamiento, Universidad y organismo público endeudado ahora hasta las trancas.

Es de cínicos llorar ahora en las instituciones, tras décadas tragando y consintiéndolo todo, a cambio de una **paz social vergonzosa** que sólo ha valido para degradar los servicios y despilfarrar los tiempos de abundancia en fuegos artificiales en lugar de en infraestructuras e inversiones productivas que, llegadas las vacas flacas, son imprescindibles para salir del agujero.

Es de cínicos que los mismos me-



dios de comunicación que dicen defender los servicios públicos contribuyan decisivamente a presentar a sus principales **enemigos** como sus máximos paladines, concediendo al egoísta comité sindical que sólo pensó en lo mejor para los suyos la condición de **defensor** de los derechos y expectativas de todos.

Es de cínicos decirse **progresista** y proponer, como única alternativa a una voluntad **externalizadora** de los partidos conservadores y para no molestar a los sindicatos; un mantenimiento del modelo actual de ges-

tión marcado por el derroche, la improductividad, la equiparación del bueno con el malo, el gigantismo de los efectivos y el enanismo de las retribuciones, la desmovilización del eficaz y, en definitiva, la equivocación conceptual del servicio: ha llegado un momento en que todo el debate sobre la viabilidad futura de lo público se circunscribe a las aspiraciones de quienes trabajan en ellos, como si la mera discusión sobre cómo hacerlos más **eficaces y sostenibles** fuera un anatema en lugar de una exigencia.

Es de cínicos obviar la escandalosa proliferación de **4.000 organismos** y empresas públicas que durante el año 2011 generaron un vergonzoso déficit de **65.000 millones** de euros y presentar la indispensable regulación de ese banquete, para garantizar su supervivencia, como un ataque a la "autonomía universitaria", un "recorte de la sanidad" o una "agresión a la educación en igualdad".

Es de cínicos, finalmente, que los **mismos políticos** que han avalado este robo sostenido pidan **sacrificios** a los ciudadanos que lo han mantenido pero no lo han disfrutado y que, quienes sí lo han hecho, se lancen a las calles chillando que lo hacen por nosotros aunque en realidad sólo piensen en sí mismos.

En este deleznable sainete sólo pueden indignarse, rebelarse y despolvar sus gorras esa ingente cantidad de **ciudadanos** que confiaban en que sus esfuerzos y anhelos fueran gestionados por decencia por unos y ocupados con eficacia por otros y que ahora ven cómo las alternativas son o pagar más impuestos para sostener el estatus reclamado por los **sindicatos** o perder una parte de la solidez de los servicios para ayudar a esos mismos políticos que hasta ayer, al parecer, no sabían ni sumar.

Obviamente los responsables son los **firmantes** de tanto menú a la carta en un país con tanto menú del día, pero al menos los **firmados** deben dejar de pasar por heroicos defensores de algo que no sea lo suyo: cuantos más funcionarios compartan este mensaje, más sencillo será que no prospere la infame tabla rasa que ahora van a hacer con ellos, sin distinciones entre el maravilloso enfermero de **Urgencias** o el impagable profesor de niños especiales y el **catedrático absentista** o el peón municipal **liberado**; y más fácil será que su autoridad social y su régimen salarial reconozcan su valor intrínseco, hoy tan deteriorado.

Mientras, hete aquí la parábola del bombero pirómano o del crimen perfecto: el asesino llora por la víctima y se persona, el primero, en el escenario del homicidio y en el funeral del finado.